

REPUBLICA DE VENEZUELA

MINISTERIO DE JUSTICIA

Boletín

Indigenista Venezolano

ORGANO DE LA COMISION INDIGENISTA



PUBLICACION TRIMESTRAL

AÑO VII - TOMO VII - CARACAS, Enero-Diciembre. 1959 - Nos. 1-4

[Title Page]

[P. 151]

LAS INCURSIONES ENTRE LOS GUAIKA

Por James Barker (*)

Se me ha pedido más información sobre la incursión. Como no estoy seguro de cuál se me habla, a continuación narro varias. Especialmente aquellas de las cuales tengo información bien detallada.

En febrero de 1951, la aldea de Liatcoatjeti invitó a la aldea de Bisheasetjeti a un Pijiguan o festival de la palma. Los hombres de Liatcoatjeti habían ido a una cacería especial, para ahastecerse de carne. Deberían tener abundancia de toda clase de comida. Habrían danzas especiales, la toma del yopo y otras cosas que hacen ellos en tales festivales.

Pero la invitación era una treta que habían planeado los de Liatcoatjeti para matar, si era posible, a todos los hombres de Bisheasetjeti y capturar sus mujeres. Batanoetjeti y otras aldeas que eran enemigos de Bisheasetjeti, fueron invitadas a esconderse fuera de la aldea y disparar a cualquier hombre que tratara de huir. Puesto que no tenían que alimentar a nadie, los Liatcoatjeti no se molestaron en ir de cacería.

(*) El señor James Barker ha preparado este trabajo como resultado de su larga convivencia entre los indios Guaita del Alto Orinoco, Venezuela. En este Boletín (año I, tomo I, Caracas, junio-diciembre 1953, números 3-4, págs. 433-486) presentó el informe de sus observaciones denominado "Memoria sobre la cultura Guaita". El presente trabajo es el resultado de sus observaciones, que, revelado de manera objetiva y sencilla, son de positiva utilidad para etnólogos y etnógrafos.

La mayoría de los de la aldea de Bisheasetjeti aceptó la invitación. Hicieron su entrada en Liatcoatjeti enarbolando sus hamacas y les fué servida una sopa hecha de plátanos maduros hervidos. Entonces, de improvviso, fueron atacados con hachas, machetes y otras armas. Los dirigentes y los de más edad fueron atacados primero y murieron en su mayoría, pero muchos de los más jóvenes lograron huir, dejando caer todo y corriendo para salvarse. Los enemigos que yacían en espera, afuera, tomaron también el camino de los que habían huido de la aldea.

La mayoría de las mujeres fueron capturadas, pero en la primera oportunidad todas las mayores se escaparon y volvieron a Bisheasetjeti. Pero las muchachas más jóvenes tuvieron miedo de huir, y por eso hoy la mayoría de ellas son esposas de los hombres de Liatcoatjeti o también de los amigos de éstos.

La aldea de Majecototjeti (Platanal) estaba escasa de comida. Ellos construyeron un puente sobre el Orinoco y lo cruzaron, para hacer una visita a Bisheasetjeti y quedarse hasta que su propia granja pudiera producir más comida. La gente de Majecototjeti llegó a Bisheasetjeti, justo en el momento en que aquéllos que habían podido escapar estaban llegando y reuniéndose.

Se envió un mensajero a Yabitjaotjeti por flechas, y cerca de seis o siete muchachos de Yabitjaotjeti se vinieron con él, cada uno cargando un gran paquete de dardos. Estos fueron pronto armados y sus puntas fijadas. Bisheasetjeti fué rearmada y Majecototjeti mejor armada que antes y lista para atacar. El sitio de la aldea de Bisheasetjeti fué abandonado esta vez, por miedo de que los enemigos los persiguieran hasta allí. Ambas aldeas vivían de lo que producía la de los Majecototjeti. Ellos cruzaban el Orinoco cada tres días, para obtener una carga de plátanos de la granja situada en la ribera norte.

Una de las veces que vinieron a buscar comida, se encontraron que el río había arrastrado el puente. Ninguno tenía bote y no pudieron atravesar. Cerca de tres días más tarde los hombres de Majecototjeti volvieron al río y construyeron sus casas en el despejado lugar de la aldea. Mientras tanto vivían en los bosques cerca de allí. Un día, o sea después que la aldea estuvo lista, los Bisheasetjeti también cruzaron; el puente fué

cortado por ellos, cerca de la orilla. Se colocaron guardias para avistar al enemigo, al trataba de reparar el puente y cruzarlo.

Mucho después de esto se efectuó una incursión sobre Liacoatjetti, por parte de los Bisheasetjeti y los Majecotjeti. "Jaiyeota", de los Majecotjeti, disparó sobre uno y lo mató. Un muchacho de cuatro o cinco años fué capturado. Uno de los hombres de Majecotjeti, "Uahiu", tomó al muchacho y fué cuidando de él. Todos los muchachos molestaban al pequeño, llamándole enemigo y hacieno como si le iban a disparar. Un día, después de algún tiempo de esto, un joven de Bisheasetjeti disparó al niño cerca del pozo de agua. Le disparó la flecha tan duro, que ésta le atravesó. Uahiu le dió un funeral al muchacho, pero ninguno de los otros habitantes de la aldea acudió al "lloro", porque dijeron: "Después de todo, era un enemigo".

Las dos aldeas pasaron juntas algunos malos tiempos. A menudo, estando en la selva, tenían que regresar corriendo, sintiéndose enfermos. Con frecuencia se les marcaban las costillas. Durante este tiempo murieron varios de una extraña fiebre que mantenía a la víctima caliente noche y día, sin tregua. Otros estaban muy enfermos con la fiebre y se tenía miedo de que también murieran. Las dos aldeas Bisheasetjeti y Majecotjeti vivieron juntas durante un año, hasta que los de Bisheasetjeti hicieron una nueva "granja", Orinoco abajo, al otro lado del río Manaviche. Cuando se separaron, los roces ocasionados por unas mujeres habían llegado a tal punto, que los Majecotjeti llamaron a los Macolimutjeti y ambos efectuaron una incursión en Bisheasetjeti, para rescatar a la mujer de un Majecotjeti que se había ido a vivir con un Bisheasetjeti. Una familia no se asoció a esta incursión y por sus amistosas y frecuentes visitas impidió que las dos aldeas se disparasen una a otra.

Otro incidente de roce fué que un joven de Majecotjeti se robó a una mujer Bisheasetjeti, de su marido. Cuando el marido había casi persuadido a su esposa de que volviera con él, el hombre Majecotjeti le disparó por la espalda con una flecha de punta de hueso y se quedó con la mujer. El hombre de Bisheasetjeti fué gravemente herido, pero se repuso.

En enero 1952, mientras muchos de la aldea de Yocitjeti estaban de visita en Majecotjeti, un grupo de hombres de

Shibastia-tjeti vino e inquirió sobre "Machuma" para ser dada en matrimonio a un hombre de Shibastia-tjeti que ya estaba casado con su hermana mayor. "Machuma" había justamente pasado la pubertad y "Yajicocoue", el esposo de la otra hermana mayor de "Machuma", también la deseaba. La abuela de "Machuma" la persuadió de que no se marchara con el hombre de Shibastia-tjeti, a menos que no quisiera verla más nunca.

Aquella noche el pretendiente Shibastia-tjeti pidió a "Machuma" en forma "cantante", hablando con "Shinacacoue", el capitán de Majecototjeti. El capitán lo llamó "viejo". El le dijo al capitán que si él la obtenía, sería bueno con ella, no podría fuego sobre ella ni le pegaría. No estoy seguro a qué conclusión llegaron, aunque sospecho que el capitán se negó a dársela a él.

La tarde siguiente los hombres de Shibastia-tjeti atrapearon a "Machuma" fuera de la aldea y trataron de arrastrarla por la fuerza, en lo que los Yononama llaman un "shaimar". Las mujeres de Majecototjeti vinieron a rescatarla y un grupo se trabó en lucha y en una "lucha de cuerda" sobre "Machuma". Esto duró varias horas. Los hombres de Yositjeti y yo mismo nos paramos a un lado y observamos, pero sin tomar parte. Finalmente, las mujeres consiguieron llevar a "Machuma" a su casa y las cosas se tranquilizaron.

Los hombres de Shibastia-tjeti dijeron que volverían por "Machuma". Los hombres de Majecototjeti dijeron: "El lo ha- cen les dispararemos".

Después de esto, cuando los Shibastia-tjeti los visitaban, a lo sumo eran grupos de dos o tres.

En octubre de 1953, los Shibastia-tjeti vinieron una tarde al oscurecer y dispararon una flecha envenenada a un muchacho "bonalima" que estaba parado a la entrada de la aldea. La herida no era muy profunda, pero de varias pulgadas de largo.

En ese momento Dave London y yo estábamos tomando un

baño en un arroyo a unos 100 metros de la aldea. Nosotros dimos una cantidad de lamentos y lloros. Momentos más tarde una pareja de hombres de Majecototjéti vino hacia nosotros diciendo: "Miren, incursionistas", mientras señalaban hacia la aldea. Estos hombres no pasaron, cargando solamente un haz de plátanos y sus armas.

Nosotros nos vestimos rápidamente y fuimos a la aldea. La mayoría de los hombres habían partido a perseguir a los incursionistas. Las mujeres derramaban agua sobre la herida, mientras el hechicero cantaba sobre él. Pronto se agotó toda la reserva de agua de la aldea. Ellos nos preguntaron si podíamos ayudarlos. Llamamos a Ed Killiam, quien llevó su avío de mordedura de serpiente y succionó la herida con ello, hasta que no nos arriesgamos a más, por miedo a que perdiera demasiada sangre, ya que sangraba abundantemente. Nosotros rezamos también.

El muchacho casi dejó de respirar, pero después de una hora y media comenzó a volver en sí. Pronto, después de esto, se levantó y caminó hacia su casa; el efecto paralizante del curare sobre los pulmones había pasado. La persecución de los incursionistas continuó toda la noche, y a través de la parte más alta del río Manéviche. De alguna forma, el capitán y "Telequi-jéu" consiguieron pasar algunos de los incursionistas. Dos muchachos volvieron atrás, hambrientos y buscando frutas silvestres. Ellos encontraron algunos cacahos silvestres y se pararon para comerlos. En ese momento el capitán hirió a "Dujene" en el abdomen con una ancha punta de flecha de bambú. Su compañero hirió al otro joven en el brazo.

(Si usted le pregunta a un Yanoama qué haría si fuera herido y supiera que iba a morir, él mostraría una pose que se supone representa valentía y también emitiría las bravas palabras que él diría).

Pero "Dujene" no hizo esto. Sabiendo que iba a morir, se sentó llorando a su madre. Más tarde los Shibastia-tjéti recuperaron su cuerpo corrompido y lo llevaron a la aldea para quemarlo. El otro joven herido se recuperó. Los Majecototjéti les informaron a ellos que ambos habían muerto, hasta que

visitantes de Boletjaotjeti vinieron e informaron que el otro joven se había recuperado.

En diciembre 1953, los Shibaatia-tjeti volvieron para hacer otra incursión, acompañados por los Comahibacitjeti. Pero los Majecototjeti habían acampado fuera, al otro lado del río. Algunos de los Shibaatia-tjeti se nos acercaron cargando una flecha, pero dejando sus arcos en la selva con los otros hombres. Ellos explicaron que eran amigables visitantes y preguntaron dónde estaban los Majecototjeti, porque ellos debían visitarlos. Pero su pintura negra de guerra demostró que venían de incursión. (Los visitantes se pintan de rojo o morado, negro no). Cuando ellos vieron que no conseguían que les dijésemos dónde estaba la gente, nos rogaron les diésemos fósforos y anzuelos. Ellos nos dieron a cambio algunas navajas de diente. Después de esto las cosas se calmaron, pero desde esta vez la gente de Majecototjeti vivía dentro de su empalizada cuando estaban cerca de su granja principal.

La gente de Majecototjeti comenzó una nueva granja llamada "Joitja-tjeca", al sur del Orinoco, donde podían vivir sin empalizada y sentirse seguros contra una incursión de los Shibaatia-tjeti. Los Majecototjeti no planearon volver de incursión, porque ellos dijeron: "Ninguno de nuestros hombres ha sido muerto".

En septiembre 1954, yo había acampado con los Majecototjeti en su nueva granja, al sur del río Orinoco. Allí cada uno estaba más tranquilo y parecían sentirse más libres que en ningún otro tiempo desde que la primera incursión de los Shibaatia-tjeti los puso alerta, casi un año antes.

Cualquiera que quisiera hacerlo, podía ir afuera y recoger frutas, pescar o cazar cangrejos, aun en pequeños grupos. Los muchachos se divertían disparando a los peces, en muchos riachuelos, con sus menudas flechas de cogollos de palma rajada y arcos hechos de un garrote curvado y un pedazo de corteza retorcida. Era la temporada de frutas del moriche, y las muje-

res salían casi a diario y volvían cargando cestos llenos de esta fruta. Una tarde, cerca de la 1 p.m., algunos vinieron a la aldea e informaron que un gran número de huellas se veía no lejos de la aldea. Un grupo de hombres salió a investigar. Pero cuando regresaron, ninguno parecía demasiado alarmado. Los hombres comentaban que era probable más bien que fueran los Batanoatjeti o Bisheasetjeti en camino para efectuar una incursión en la otra aldea, ya que ellos eran enemigos acérrimos y nosotros estábamos acampando entre las dos.

(Los Majecototjeti eran más o menos amigos de ambas aldeas en este tiempo).

Pero cerca de tres horas más tarde, algunos vinieron diciendo que habían encontrado el arco de "Valooboue" y el cesto de una de las mujeres yaciendo cerca de las huellas, en forma desordenada. El grupo había sido atacado. Entonces los hombres prepararon sus arcos y salieron en todas las direcciones. Hubo una discusión sobre quién había salido con uno de los ya mencionados. "Etemi" (la esposa de "Botai"), tres de las esposas de "Olami-Juu", un anciano (el padre de las tres esposas) y "Valooboue" habían ido juntos a recolectar frutas de moriche. Otras dos mujeres que habían salido con este grupo, pero se habían separado y remontado el riachuelo, habían vuelto ya al campamento. Estas dijeron que habían oído un quejido o un grito, al comienzo de la tarde, pero no habiendo oído más, habían pensado poco en ello.

Un grupo de hombres salió para tratar de seguir los rastros, pero los rastros parecían desaparecer o devolverse. No estaba claro qué ruta habían tomado los incursionistas. Probablemente se habían dividido para reunir fuerzas de nuevo y reunirse en un punto. Finalmente se decidió que ellos habían ido atrás, hacia el río, en la misma dirección que traían las huellas. Hacia el anochecer, los hombres se fueron para cruzar el río Orinoco y preguntar a nuestros hombres, que todavía vivían en la ribera norte del Orinoco, como también buscar más rastros en el embarcadero (sólo yo los acompañé, en marcha al sur del Orinoco, esta vez).

Esa noche la gente que permanecía en el campamento especulaba mucho sobre quiénes habían sido los incursionistas

y cómo habían sucedido las cosas. Algunos decían que podía ser que David London había llevado en su bote a los Shibaatjatjetí, a través del río. "Oh, ese David", decían. Otros opinaban que David no había hecho tal cosa.

Esa noche algunos de nuestros misioneros estaban acampando afuera, en una casa abierta. De repente fueron despertados por un grupo de hombres Yanomama, quienes estaban parados, mirando a nuestros misioneros, sin decir nada. Estos estaban todos pintados de negro, como para hacer imposible un reconocimiento en la luz del anochecer o en la tenue luz de la noche. Finalmente el silencio fué quebrado y los hombres de Majecotjetí les dijeron que estaban buscando a los incursionistas, quienes habían matado al hombre y al niño y se habían llevado a las cuatro mujeres. Nuestra gente no había visto nada de los incursionistas y fueron enormemente sorprendidos con las noticias.

La siguiente mañana los hombres fueron al lugar del ataque y trajeron las flechas que estaban allí. No trajeron las flechas completas, sino solamente los extremos que tienen las plumas. Las flechas no estaban cortadas, sino quemadas en dos. Las puntas envenenadas las trajeron también. Los hombres examinaron cuidadosamente las flechas y trataron de aclarar de qué aldea habían sido los incursionistas. Las flechas se parecían a las de los Liacoatjetí, pero habían visto un machete en el lugar, y quién podía imaginar a un Liacoatjetí dejando un machete aun en un momento de peligro.

Hubo también un rumor de que se había encontrado una canoa de corteza, alguna distancia río arriba. Probablemente los Shibaatjatjetí habían cruzado el río en esta canoa. (Este rumor resultó falso más tarde).

Se realizó una búsqueda en un amplio círculo en todas las direcciones para tratar de encontrar qué dirección habían tomado los incursionistas. Finalmente se encontró el camino y los Liacoatjetí fueron entonces conocidos como los incursionistas y que venían del sur. Su camino había sido hecho para desaparecer los rastros, dejando la formación uno por uno y reuniéndose más adelante.

Los Majecotjetí planearon, a su vez, una incursión de re-

vancha. Primero se celebró un banquete con carne de tapir y casabe para comer con la carne. Un día o más tarde los hombres marcharon a una incursión de revancha, sobre los Liatcoatjeti. Los Majecototjeti se habían marchado hace dos semanas, pero no encontraron a los Liatcoatjeti en sus casas.

"Jolocoius", un muchacho con una pierna quebrada, que había permanecido con nosotros, nos pidió que rogáramos a Dios que devolviera a "Etemi" (una de las mujeres raptadas) a casa sana y salva. Unos pocos días después los Majecototjeti regresaron de su intento de incursión; "Etemi" regresó. Cuando ella regresó, la aldea completa volvió a la ribera norte del río Orinoco, por si la estaban persiguiendo.

Ella contó cómo era que había tenido oportunidad de caminar delante de una anciana, y adelantándosele algo, por el camino, pudo salirse del camino, sin ser vista, y regresado.

Nos maravillamos de nuestra escasa fe. ¿Por qué no habíamos rogado a Dios que los condujera a todos de regreso?

El capitán convocó repetidas veces a incursiones, a fin de lograr una revancha sobre los Liatcoatjeti. Usualmente las aldeas de Bieheasetjeti y Macolimutjeti acompañaron a los Majecototjeti en sus incursiones. Nuestros misioneros y algunos de los creyentes e los Yanomama rezamos juntos, para que los incursionistas no mataran a nadie ni perdieran alguno de los suyos. Una vez no encontraron a nadie en las casas. Otra vez, ellos se perdieron, y por falta de comida tuvieron que volver a la casa. Otra vez el grupo entero estuvo tan enfermo, que tuvieron que volver, habiendo recorrido sólo unos pocos días de jornadas desde su punto de partida. Cuando una aldea o varias aldeas Yanomama están por salir de incursión, realizan una impresionante ceremonia. Se hacen una o varias efigies que representan a los enemigos. Entonces es puesta en escena una incursión simulada, en la cual estas efigies son heridas, quebradas en dos y entonces arrojadas. Si el enemigo está lejos, ellos pueden hacer esto en la casa y varias veces en el camino hacia sus enemigos. A veces el simulacro de incursión es tomado hasta el punto de dividir el grupo en dos partes, un grupo que dispara a las efigies y entonces (huye) escapa con varias jóvenes de la aldea. El otro grupo viene un poco más tarde,

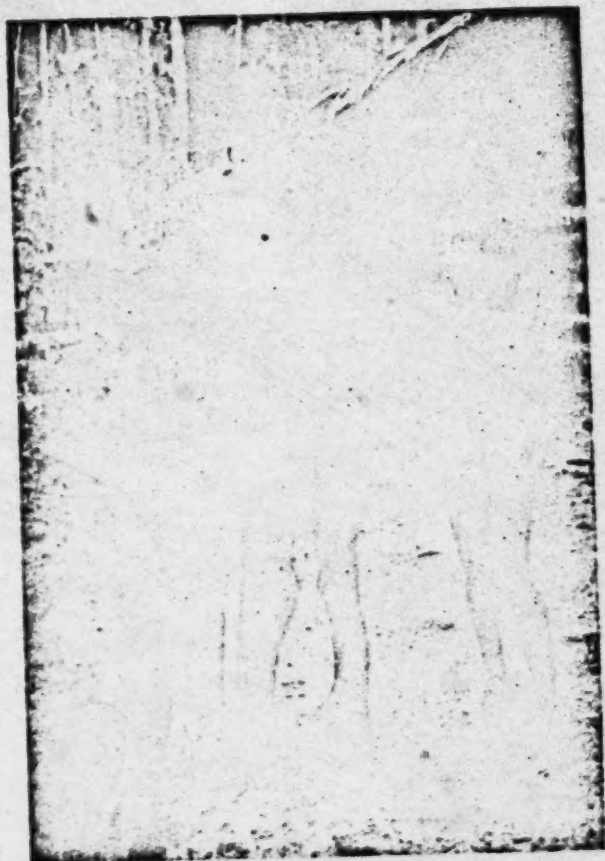
encuentra que las mujeres se han ido y persigue a los incursionistas hasta encontrarlos escondidos, a veces fuera en la selva, con las muchachas. Cuando los incursionistas son hallados, cada uno da un estrepitoso grito de guerra y acaba la ceremonia.

En diciembre 1954, todos nuestros misioneros fueron río abajo para nuestra conferencia de campo, dejando la expedición Frobenius sola en Platanal. Una noche un hombre de Shlbaatitjetti se deslizó dentro de la alca de Platanal y disparó a uno de los hombres. Su disparo hirió a "Lublo-juu" en el muslo. Sin embargo, puesto que él se recuperó, no se convocó a una incursión. Los hombres de la expedición Frobenius le curaron la pierna y evitaron que hubiera complicaciones, ya que la herida era bastante profunda.

A principios de febrero 1955, los Macolimutjetti y los Blsheasetjetti fueron invitados a un Pijiguao o festival de la palma (Peach) en los Majecototjetti. Los Macolimutjetti vinieron todos, hombres, mujeres y niños. Pero los Blsheasetjetti tenían un poco de miedo. Los Majecototjetti habían sido un poco amigos de los Batanoatjetti, enemigos acérrimos de los Blsheasetjetti, y los Blsheasetjetti tenían una treta. (Años atrás, en 1951, ellos habían sido engañados por los Liacoatitjetti). Pero para no demostrar su mala fe, los hombres vinieron (o por lo menos algunos), pero ninguna de las mujeres, para así reducir la "deseabilidad" de una treta para robárselas.

En marzo 1955, los hombres de Platanal habían salido para nuevo intento de incursión, dejando el resto de la gente en la aldea principal, situada al norte del Orinoco. Un día, cuan-

[facing P. 160]



El señor James Barker, en Hahabababá, acompañado de un grupo de
indios guías. (Foto Expedición Proberner, 1941.)

do todos, excepto el muchacho cojo, estaban fuera de la aldea, los Shibaatia-tjeti regresaron. Ellos encontraron a "Joashimo-caoue" que regresaba de la granja a la cabeza de los otros que habían ido a aprovechar el Pijiguao o festival de la palma. Los incursionistas le dispararon dos veces, por la espalda, ya que él corrió hacia el refugio de la aldea. Fue herido por una punta de bambú, no profundamente, y por una punta envenenada con curare, que le ocasionó una herida bastante profunda. En la aldea él le dijo al muchacho cojo de esconderse de los incursionistas que lo habían matado a él, y entonces no encontrando ayuda en la aldea, corrió hacia nuestra casa, a unos 200 ó 300 metros distante.

Unas mujeres habían pasado por nuestra casa en camino hacia la aldea. Al oír sus gritos, ellas dieron vuelta y corrieron hacia nuestra casa; aterradas, entraron y cerraron la puerta. Entonces nos dijeron de efectuar una incursión e ir a ver si podíamos ayudar. Al principio pensamos que sería mejor permanecer en la casa también. Pero entonces oímos un grito de auxilio, no lejos de nuestra casa. Al oír esto, abrimos la puerta. Yo salí y encontré a un hombre lesionado que había conseguido llegar a 20 metros de nuestra casa, pero no podía ir más allá.

El dijo: "Por favor, saque la punta envenenada". Yo lo alcé y lo llevé dentro de nuestra casa.

Yo había oído que la sal es buena contra el veneno del curare, pero no tenía idea de cómo administrar la sal. Puesto que él estaba aún consciente, le dije a David que tratara de sacar la punta mientras yo le hacía beber toda el agua con sal y conseguir bajarlo antes de que se volviera inconsciente. Debía saberle terrible, ya que los Yanomama usualmente no comen sal, pero estaba tan desesperado, que accedió. Quedó inconsciente antes de que David lograra sacar la punta, así que yo le di respiración artificial, mientras David terminaba de extraer la punta, porque había dejado de respirar. Nunca pudimos encontrar el extremo de la punta. A pesar de esto, pusimos sal en su herida, esperando que ayudaría en algo, ya que él estaba inconsciente y no sabíamos con certeza cómo administrar la sal.

David fué a la aldea para ver si le había sucedido algo al muchacho cojo o a alguien. Yo continué con la respiración artificial, mientras él iba. Cuando David volvió, habían pasado cerca de veinte minutos. Y desde entonces nos turnamos durante casi dos horas. Su pulso permanecía bien todo el tiempo. Un poco antes de que terminaran las dos horas, recobró el conocimiento y comenzó a hablar. Pronto estuvo respirando por sí mismo y no continuamos el tratamiento, porque le dolía. Paramos y encontramos que estaba respirando bastante regularmente por sí mismo.

Durante todo este tiempo las mujeres estaban allí mirando (una de las cuales era creyente), y David y yo rezando.

Entonces los habitantes de la aldea comenzaron a llegar de los bosques. Viéndolo yacer inmóvil en un charco de sangre, cada grupo que llegaba suponía que estaba muerto y se deshacían en llanto, lamentándose por pocos minutos, antes que los que conocían lo sucedido pudieran tranquilizarlos. Finalmente uno de los más ancianos, con bastante presencia de ánimo, dijo que quería trasladarlo a la aldea, si esto fuera posible.

Primero el hombre trató de que caminara por sus propias pies hasta la aldea. Pero "Joashimocaoue" estaba muy débil y dolorido y no podía hacer nada de esto. Así que envió por una hamaca. Amarraron ésta a un poste antes de enrollar al herido en ella; dos hombres lo llevaron a la aldea. Esa noche volvió a caer inconsciente. Dos mujeres vinieron y nos dijeron: "Estamos llorando otra vez". Yo recomendé a David que se quedara y rezara mientras yo iba a ver qué se podía hacer.

Llegando a la aldea lo encontré inconsciente en su hamaca. Ellos querían que yo le pusiera alguna medicina en sus heridas, pero allí estaba él inconsciente. Yo dije: "Vamos a rezar primero". Casi todos los creyentes que estaban allí, y aun quienes nunca habían profesado para ser creyentes, rogaron conmigo por él. Yo rezaba primero y entonces ellos repetían a un tiempo, suplicando a Dios le perdonara la vida. Yo nunca había visto una reunión de Yonomama rezando tan fervorosamente, antes ni desde entonces. No sé exacto qué tiempo estuvimos rezando, pero debe de haber sido cerca de una hora.

Quando todos hubieron terminado de rezar, miramos arriba y allí estaba él consciente una vez más. Se incorporó y me preguntó si habían curado sus heridas. Yo puse polvo de sulfá en ellas y las vendé. Después de esto, no perdió más el conocimiento, y aunque sus heridas eran muy dolorosas, él siguió bien sin que surgieran complicaciones, aunque la extremidad de la punta envenenada aún debía estar encajada en alguna parte de su espalda.

Los hombres de Majecototjeti volvieron de su incursión sobre los Liacoatjeti sin encontrar a ninguno en sus casas.

Poco antes de esto una anciana de Shibaatia-tjeti visitó algunos de sus parientes de Majecototjeti y les dijo cómo en su aldea no les gustaban los extranjeros, porque ellos estaban todo el tiempo curando gente. Cuando en la aldea herían a alguien, ellos querían que muriese. Yo le aseguré que nosotros solamente no habíamos curado al muchacho. Toda la aldea había pedido a Dios que lo curase y Dios había respondido. Los aldeanos afirmaron que era así. Ellos habían rezado bastante, y Dios había perdonado su vida.

El hermano del capitán llegó a Yabitjaotjeti y dijo al capitán que los Liacoatjeti habían estado visitando río arriba y que ahora se encaminaban hacia sus hogares en su propia aldea.

El capitán convocó a otra incursión. Primero la aldea entera se movió a través del río, para salir de un margen de ataque fácil para los Shibaatia-tjeti. David y yo cogimos nuestras hamacas y fuimos con ellos a través del río. Al día siguiente los hombres deshecharon la incursión, o más bien fueron abajo a los Bisheasetjeti para partir de allí. Sólo fueron los hombres adultos; los niños y muchachos de 17 años o menos se quedaron en casa.

Esta vez David y yo podíamos rogar que no peleasen. Nosotros pedimos, más bien, que el Señor los protegiera del peligro a los creyentes. El lo hizo. Los incursionistas entraron

vieron fuera cerca de tres semanas. Cuando ellos volvieron el capitán penetró en la aldea y tuvo un coloquio oficial, corto, con el hombre más importante que se había quedado en la aldea. A lo sumo el coloquio canturreado duró como medio minuto. Entonces todos empezaron a llorar. Alguien había sido muerto. Miramos a ver quién había vuelto y si era posible ver quién faltaba. Algunos de los hombres tenían marcas rojas en sus mejillas y en la frente como señal de que ellos habían matado algunos o había "hecho" mucho en la pelea, que ellos no pudieron saber si habían matado alguno o no.

Después supe que tres de los enemigos habían sido muertos y que uno de los de la partida, un hombre de Macolimutjeti, había sido herido en el pecho y había muerto.

La maleza había sido clareada en el sitio de nuestra transitoria aldea, así que no serviría a los *matadores* para llenar los ritos de un *matador* como deberán hacerlo en una maleza espesa. Así que dentro de una hora nos mudamos a un nuevo lugar situado cientos de metros más allá. Los *matadores* acamparon en la maleza más densa y la demás gente quedaron más afuera. No podían tocar nada que fuera a comer, sino más bien lo alcanzaban con un palo. Tenían un palo especial con el cual se rascaban. (Más tarde sus hamacas fueron colgadas en cierto tipo de árbol, amarradas al tronco y aseguradas en el sitio con lianas. Cuando las viejas hamacas fueron descartadas, ellas yacían en nuevas hamacas de lianas hechas especialmente para este propósito y pintadas y adornadas con plumas). Permanecimos en este campamento por cerca de tres días, hasta que los *matadores* creyeron el ciclo completado.

Más tarde yo supe los detalles de cómo se había desarrollado la incursión. La primera aldea en que penetraron estaba vacía. Así la segunda, y aparentemente igual al lugar de la aldea principal. Para lograr al menos alguna revancha, los *Bishenasetjeti* comenzaron a derribar todas las cosechas que encontraron en aquella granja. Los otros se unieron a la destrucción. Todos los platanales fueron arrasados, todas las cosechas de tubérculos fueron arrancadas, tanto que tendría que pasar un año para que la granja produjera de nuevo tanta comida. Sin embargo, la otra granja no fue destruida.

[Facing P. 164]



Indios yanoma en el Pichanaí compuesto machetes.



Un grupo de indígenas yanoma rodeando a Juan Barker.

Pero, aun así, el capitán no estaba satisfecho. "La revancha por sangre derramada debe ser con sangre derramada". Así que los incursionistas avanzaron y encontraron huellas recientes, al fin. Los Liacoatjeti estaban acampando, afuera en el bosque. Ellos se encontraron a un hombre solo y lo mataron. En esto el capitán dió la orden de regresar a casa.

Los Liacoatjeti persiguieron a los incursionistas y finalmente los encontraron acampando en la ribera del sur-este del río Mavaca. Los Liacoatjeti atacaron y mataron a un hombre. Ellos informaron haber perdido a dos hombres en esto.

La semana extra se fueron; necesitaban ir a alguna distancia y quemar el cuerpo del guerrero muerto. Era demasiado lejos para cargar con él y quemarlo en la casa.

Como se disgustaron con los Liacoatjeti, los Majecotetjeti habían abandonado su granja del sur del Orinoco y hecho una nueva, esta vez más bien río abajo y al lado norte.

En abril 1955 encontré que los Bisheasetjeti habían tomado a una muchacha de Vitocaiyetjeti, luchando en contra de los deseos de su aldea. No mucho después de esto los Vitocaiyetjeti hicieron una incursión sobre los Bisheasetjeti para rescatar a la muchacha. Los incursionistas lograron remontar el río hasta el río Mavaca, con uno de los equipos "Ceder" que trabajaba en el territorio Yanomama. En la batalla que siguió hubo unos pocos cráneos maltratados y abundancia de brazos rotos, pero ninguno fue muerto. Ni consiguieron regresar a la muchacha. Ahora las dos aldeas se amenazan con dispararse una a otra.

Los Vitacoiyetjeti, esperando conseguir una ayuda, dijeron a los Yositjeti que los Bisheasetjeti estaban enojados también con ellos y planeaban incursionarles también a ellos. Ellos

también dijeron a los Macollmutjeti que los Yoeitjeti estaban bravos con los Bisheasetjeti y, por supuesto, la noticia llegó a los Bisheasetjeti.

En un viaje mío, río arriba, me paré en Bisheasetjeti. El capitán me pidió que constatará con los Bisheasetjeti si el asunto era verdad. Pero los Bisheasetjeti no estaban en casa cuando yo pasé. Sin embargo, los Majecototjeti no sabían de tales intenciones por parte de los Bisheasetjeti, a pesar de haber tenido varias visitas recientemente de los Bisheasetjeti.

Yo dije esto al capitán de los Yoeitjeti, en mi camino de regreso.

Ahora, en marzo 1956, los hombres y niños de Bisheasetjeti bajaron a Tamatama en canoa. Pero no se pararon en Yoeitjeti. Los Yoeitjeti querían perseguirlos en seguida, pero carecían de suficientes canales. Diecinueve (19) hombres y dos mujeres de Yoeitjeti arribaron a Tamatama, unos pocos días después que los hombres de Bisheasetjeti llegaron allí.

Los Bisheasetjeti querían guardar sus arcos cuando llegaron, no sea que sus enemigos también vinieran. Pero yo les dije de darnos sus arcos y yo se los devolvería cuando estuvieran listos para partir.

Si algunos otros Yanomamas vinieran, yo podría tomar sus arcos también en el embarcadero, para evitar que se pelearan. Cuando los hombres de Bisheasetjeti vieron el bote de los Yoeitjeti a distancia, tuvieron miedo. Yo les dije de llegar a mi casa y cerrar la puerta. Yo podía tomar los arcos y flechas de los recién llegados en el embarcadero. Cuando los Yoeitjeti llegaron, su capitán me preguntó por los Bisheasetjeti. Yo le dije que los Bisheasetjeti no querían pelear y que yo ya tenía sus arcos. El me dejó tomar los arcos de sus hombres y los encerró a ellos en una de nuestras casas. Entonces los hombres de Yoeitjeti y Bisheasetjeti llegaron juntos a mi casa sin armas y aseguraron unos a los otros que querían ser amigos. Todos los 31 durmieron juntos en mi casa (un poco apretados, pero cómodos). Yo les ofrecí la casa vacía, próxima a la mía, pero no quisieron saber nada de ello. (Mi casa es bien

ventilada, teniendo persianas y todo alrededor y dos puertas-persianas).

Al día siguiente los Yositjéti se fueron después de cambiar sus hamacas y arcos a los Bicheasotjéti por machetes, ropa, flúteres y otras cosas. Yo estaba contento de ver las dos aldeas llegar juntas y hacerse amigas, porque ni una ni otra querían pelearse.